

“¡Paz a vosotros!” (Jn. 20:19, 21, 26)

Sal. 148; Hechos 4:32-35; 1 Jn. 1:1-2:2; Jn. 20:19-31

Hohenau,
Jesús,
Cap. Miranda.

Jn. 20:19-20: Jesús resucitado entrega la paz a la Iglesia

Jesús sabe que sus discípulos están asustados, con dudas y temores. Hay oído el testimonio de las mujeres, sobre su resurrección. Pero permanecen asustados, porque son perseguidos por los judíos. Entonces, Jesús resucitado aparece en medio de ellos. Jesús atraviesa las paredes, no necesita abrir la puerta para entrar, y les saluda diciéndoles: “Paz a vosotros”. En hebreo, la palabra paz se dice “Shalom”, y en griego es “Eirene”. De ahí viene el nombre de mujer “Irene”, que significa “paz”. Jesús no sólo les muestra su naturaleza divina al atravesar las paredes, sino que, después de saludarles, “les mostró las manos y el costado”. En estos lugares es donde los clavos y la lanza de los soldados atravesaron el cuerpo de Jesús en la cruz. Con esto les muestra a sus discípulos que él es Jesús, y no un fantasma, tampoco un ángel, tampoco un espíritu, tampoco un demonio, tampoco un mago, tampoco una imaginación de su mente, sino que el que les trae la paz es el mismo Jesús que fue crucificado por los pecados de los hombres, siendo hombre él también, pero que también es al mismo tiempo Dios. La paz de Dios nos vienen a través del verdadero Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, dos naturalezas en una sola persona. Y habiendo Jesús aparecido, dándoles su bendición de paz, y mostrándoles que la paz él la obtuvo por ellos en la cruz, entonces, reconfortados en su fe, y ahora libres de temor, “los discípulos se regocijaron viendo al Señor”. Es la misma paz que experimentamos nosotros cuando Jesús nos habla su Palabra por labios del pastor en el sermón, es la misma paz que podemos experimentar cuando somos liberados de nuestras culpas en la palabra de la absolución, es la misma paz que podemos disfrutar al tener comunión con Jesús en la santa cena, donde con nuestra propia boca recibimos en pan y vino el verdadero cuerpo y sangre de Jesús, que nos limpia de pecado y nos entrega su paz.

Jn. 20:21-23: Jesús envía a la iglesia a llevar la paz al mundo

La paz de Cristo resucitado es para todos. Por eso Jesús, el misionero y el enviado del Padre, nos envía a nosotros también a comunicar la paz de Cristo a otros también. De eso se trata la misión de Dios a través nuestro. La misión de llevar el evangelio de la paz no es obra nuestra: es una obra de Dios a través de personas simples y comunes como nosotros, los cristianos. Por eso Jesús les dice: “Recibid el Espíritu Santo”. El Espíritu Santo nos recuerda las palabras que Jesús dijo, los hechos que Jesús hizo. El Espíritu Santo es nuestro Consolador en medio del sufrimiento, el que anima a la iglesia a que, pese al furor de los enemigos, sean estos los judíos, sean estos el imperio romano, sean estos los conflictos internos, a pesar de todo esto, la iglesia de Cristo permanecerá. Cristo mismo le promete eso a Pedro y a toda la compañía de los Apóstoles: “Pedro, sobre esta roca edificaré mi iglesia”. ¿Cuál es esta roca sobre la cual Cristo edifica su iglesia hasta el fin de los tiempos? La roca evidentemente no es Pedro mismo, no es el papa ni los obispos, no es la gente de dinero, tampoco el poder político apoyando a la iglesia. No, sino que la roca es la confesión de fe que Pedro hizo, cuando dijo: “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente”, es decir, que Jesús es el Mesías prometido en las Sagradas Escrituras, que él es el Verbo de Dios, el Cordero de Dios, el Dios encarnado, el Emanuel. Esa es la roca, la base sólida sobre la cual podemos decir: “He aquí esta es la iglesia de Cristo. Jamás será destruida”. He aquí la roca espiritual sobre la cual es edificada mi vida, mi matrimonio, mis hijos, mi familia, esta congregación. Esta confesión de fe de que Jesús es el Hijo de Dios, el que da la paz que sobrepasa todo entendimiento, es un ministerio que Cristo instituye en la iglesia. Este ministerio de confesión de la fe, divinamente instituido por Cristo en nuestro texto, en otras palabras se llama el “Oficio (o ministerio) de las

Llaves". Es un Sagrado Ministerio porque fue instituido por Jesús mismo, así como llamamos al Bautismo de "Santo Bautismo" y la Cena "la Santa Cena". La confesión de la fe, la proclamación de la Ley de Dios que revela y condena al pecado, y el anuncio del Evangelio de la paz, es un oficio, una actividad, una tarea sagrada, porque del Ministerio de la Palabra depende la salvación de las personas. No en vano Jesús le dice a los Apóstoles y a la Iglesia reunida ese domingo de resurrección: "Recibid el Espíritu Santo". ¡Es difícil distinguir entre Ley y Evangelio! ¿A quién retener el perdón? ¿A quién anunciar la paz? ¿Cuándo anunciar Ley? ¿Cuándo Evangelio? Por eso, no cualquier persona debe predicar y enseñar la Palabra de Dios de manera pública, oficial en la iglesia. Por eso corresponde a la Iglesia el derecho de llamar a varones previamente capacitados para la tarea. Jesús envía el pastor, pero la iglesia es la que llama. Nadie que se llame pastor en la iglesia puede predicar y enseñar ni administrar los sacramentos, ni absolver pecados, si no tiene previamente un llamado legítimo, es decir, si no tiene llamado de parte de una congregación o parroquia, si no estudió teología en un Seminario, si no es apto para enseñar (CA art. XIV). Porque se puede hacer mucho daño espiritual en la iglesia si no se sabe manejar correctamente la llave de la Ley que cierra el cielo, y la llave del Evangelio de la paz que lo abre. En 1 Timoteo 3:1-7 ustedes pueden leer los requisitos que la iglesia debe tener en cuenta cuando llama a pastores y quiere evaluar su trabajo; asimismo en 1 Timoteo 3:8-13 pueden leer los requisitos para elegir los diáconos y las diaconisas y evaluar su trabajo. Gracias a Dios, en la Iglesia Luterana tenemos la enseñanza bíblica del Oficio de las Llaves. En otras denominaciones no es así: en la Iglesia Católica Romana está el dogma de la infalibilidad papa, o sea, que el papa no se equivoca nunca, nadie la puede cuestionar, y si lo hace, es tildado de hereje; entre los evangélicos en general pasa algo parecido, ellos dicen tener nuevas revelaciones del Espíritu Santo, y nadie les puede cuestionar en base a la Biblia a sus llamados apóstoles y profetas, y si un cristiano sencillo pero convencido por las Escrituras lo hace, es ridiculizado. La Iglesia Luterana en cambio dice: Sola Fe, Sola Gracia, ¡SOLA ESCRITURA! Yo como cristiano, como pastor, puedo errar en mi confesión de fe. Por eso necesito que Jesús, a través de mis hermanos en la fe, me ayuden a seguir confesando y aplicando correctamente en mi vida la Ley y el Evangelio.

Jn. 20:24-27: Jesús resucitado da la paz a los "Tomás" de hoy

Tomemos el ejemplo de Tomas. Él era un apóstol de Jesucristo, podríamos llamarle hoy de pastor. Pero él no estaba el domingo. Eso es raro. ¿Qué le pasó a Tomás? ¿Por qué no estaba congregado, por qué no estaba en el culto? *24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús se presentó. 25 Le dijeron, pues, los otros discípulos: ¡Hemos visto al Señor! Él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré.* "Quizás estaba tan encerrado en su tristeza que no quería ver a nadie. Cuando permitimos que nuestras tristezas y problemas impidan que nos reunamos con nuestros hermanos en el culto dominical, entonces, como Tomás, sufrimos la pérdida de muchas bendiciones que podrían ayudarnos en nuestras dificultades. Tomás, por alejarse de los demás, no sólo perdió la mutua consolación de los hermanos, sino también la oportunidad de experimentar la presencia del Señor resucitado, que siempre está presente cuando nos reunimos en su nombre"¹. Por eso comenzamos el culto, diciendo "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". El culto es el momento donde Cristo en medio nuestro, nos entrega su paz en la Palabra y sacramentos. Por eso el culto es Gottesdienst, el Servicio Divino, y no es una obra humana. En el culto el cielo y la tierra se encuentran, de tal manera que el culto es el cielo en la tierra.

Lo bueno de Tomás es que escuchó el consejo de la Iglesia, y el domingo siguiente lo encontramos reunido con sus hermanos. Entonces: *Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y les dijo: ¡Paz a vosotros! 27 Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo y mira mis*

¹ Blanck, Rodolfo. (1999). *Juan: Un comentario teológico y pastoral al cuarto evangelio*. Saint Louis: Editorial Concordia, p. 576.

manos; acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. “Lo maravilloso de este relato es que Jesús no reprende a Tomás por sus dudas o por su falta de fe. Jesús no viene a Tomás con reproches, sino con una bendición de paz. El resucitado accede a la duda de Tomás y le otorga todo lo que el discípulo pide. Le permite meter sus dedos en sus heridas y poner su mano en la marca del costado. Sólo una cosa le pide a Tomás y a nosotros: ‘No seas incrédulo sino creyente’. No resistas sino recibe; no demandes, sino toma’... En el Credo afirmamos: ‘Creo en la resurrección de la carne’, es decir, creo en la resurrección de la carne mía y la de mis hermanos y hermanas en la fe, creo en la resurrección de una carne glorificada y transformada, pero una carne que puede ser tocada y palpada. La resurrección de la carne y sangre de Jesucristo es la garantía de nuestra resurrección corporal... Nuestra esperanza cristiana no consiste en que seamos almas desnudas y sin cuerpo, flotando entre las galaxias. Tampoco esperamos que nuestro ser se pierda en la divinidad, como se pierde la gota de agua al caer el mar, ni esperamos seguir existiendo sólo como un pensamiento en la memoria de Dios.”²

Jn. 20:24-31: La paz del Resucitado lleva a la confesión de fe

28 Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! 29 Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron. “Nosotros también en nuestra liturgia confesamos a Jesús como Señor cada vez que entonamos el Kyrie”³, que en griego significa “Señor”. “La confesión: ‘Jesús es Señor’, fue el credo más antiguo de la iglesia primitiva”⁴, tal como encontramos en Filipenses 2:11. “Credo” significa “yo creo”. Como Tomás confesó su fe diciendo “¡Señor mío y Dios mío!”, nosotros hoy tenemos el “Credo”, el “yo creo”, con el cual expresamos nuestra fe delante del mundo en el Dios Trino. “Hoy en día no corremos peligro al confesar a Jesús como Señor. Pero en los días de san Juan, cuando gobernaba el emperador Domiciano (81-96 dC), no fue así. Domiciano se consideraba a sí mismo como el Señor... Confesar a Jesucristo como Señor era negar que Domiciano era el Señor. Era un acto de traición que podía resultar en la muerte... Es evidente que Juan ha escrito su evangelio para llamar a sus lectores a confesar a Jesucristo como Señor y Dios así como lo hizo Tomás, pase lo que pase”.⁵ Porque “estos creyentes estaban siendo tentados a volver al judaísmo, a Moisés y a la ley. Había personas que confundían a los creyentes y negaban que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios”.⁶

Finalmente, Juan escribe: *30 Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. 31 Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.* “El evangelista espera que sus lectores reciban la vida eterna por haber creído en Jesús como resultado de la lectura del evangelio. De esta manera el evangelio de Juan sirve como sustituto de las señales que vieron los creyentes de la primera generación.”⁷ “El evangelista no está escribiendo una historia como un fin en sí mismo, sino que ha seleccionado cuidadosamente algunos elementos importantes para persuadir a sus lectores a creer en Jesús, permanecer en él y estar activos en su misión” de llevar el evangelio de Cristo, nuestra paz, a todas las naciones. Que la paz de Cristo permanezca en su amada iglesia, en nuestros corazones: ¡Paz a vosotros! Amén.

² Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 578-579.

³ Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 580

⁴ Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 580.

⁵ Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 581.

⁶ Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 582.

⁷ Blanck, Rodolfo. (1999). Pp. 583.